

LA VIA MUERTA

P • r CARLOS MARTINEZ MORENO

Por razones de índole personal, el autor ha preferido retirar el cuento "Los sueños buscan el mayor peligro", que originariamente se había anunciado en "MARCHA". En su lugar, publicamos hoy "La vía muerta", parte de un relato mayor del que, en estas mismas páginas, han aparecido ya otros capítulos.

LOS chicos iban a ver siempre aquel vagón, a correr por su largo pasadizo desierto, a tocar el sol de invierno sobre su vieja y deslustrada madera, a ver —puestos en cucullas— cómo su gran sombra echada contenía el brillo parejo de los rieles, a contemplar la negra yacencia de aquellas manchas de aceite que se ensanchaban sin cesar sobre los mismos sitios, en la trocha.

Joaquín pensaba que era tal vez el mismo que había traído a su madre, a sus dos hermanos y a él a aquel pueblo; el mismo, con sus asientos muelles y deformados, con su olor a cuero, a gente, o a almuerzo frío. El padre esperaba en el andén, vestido de blanco, agitando su sombrero de paja como para un interminable redoble de tambores, con un relampagueo de las alas y la copa, tocadas por un rayo de luz que venía del otro lado del fren y afantasmaba el saludo y el brazo del padre, en la resentida y oblicua penumbra del gran alero festonado de la estación.

Y a veces emergía como una mueca azuzada por alguien detrás de una triste multitud, el rostro del padre, su blancura, su rígida sonrisa, la curva del mentón y el alma afanándose en los ojos, como si al separarlo de su mujer y de sus hijos tan sólo aquellas dos filas de caras descuidadas —casi inmóviles, no de costumbre sino de brutalidad— estuviera más lejos que nunca, echara una última mirada, se despidiese. Era tal vez aquel mismo vagón por una de cuyas ventanillas lo habían sacado tomándolo de las axilas, haciéndolo entrar al pueblo (entonces no podía darse cuenta) con esa trémula y oscura involuntariedad con que en otros tiempos las mujeres franqueaban, en brazos de sus hombres, el umbral de sus nuevas casas. Y entre aquella llegada y este silencio de la vía muerta —la quietud y su pastosa segregación de aceite, de sombra, de humedad—, estaba el tiempo con sus decadencias, su vida en aquel pueblo, la nave ya quemada y muerta.

El padre se había adelantado, dando unos pasos entre la gente que no se movía, había estirado los brazos como si el tren huyese de través, había sonreído —cerrando los ojos a la luz y al encuentro— con una alegría desasosegada por su prejuicio de hallar las frases. La larga teoría de rostros fijos había ondulado apenas, como si un hilo transversal que la sostuviese hubiera sido tirado de una punta, al tiempo que los campanillazos de la estación daban al padre una disculpa por no decir nada, con las manos vueltas hacia arriba, con una calidad de ligera súplica que era a un tiempo la vieja confianza y la nueva suerte de decirse "aquí estamos", de confiarlo a unas manos y a una cara que no habían envejecido para la emoción.

Y ahora el vagón estaba en la vía muerta, el mismo vagón con la hendedura para la tabilla de los destinos ya vacía y mohosa, con la huella de las muchas rozaduras, la cicatriz de haber dicho "Melo" y "Colonia", negando cada día a la víspera, arrastrando a las gentes adonde nadie sabía. Desde los pies de los niños la sombra crecía hacia adentro, a cujarse en la mancha de aceite en que se rezumaba, sin llanos ni barrancas donde echar su fantasma discontinuo. Todo ardía quedamente, en una lenta palpitación de abandono. Día del fin. Joaquín sabía que en aquellos balconillos de sus extremos algún hombre pensativo había fumado sin apuro en la noche, echando el humo de costado para no estorbarse la vista de las estrellas, mientras la larga vertebración amarilla de las ventanas serpeaba abajo.

El padre había preguntado solamente "¿Tuvieron buen viaje?", y los había besado, primero a ellos y luego a la madre, dejándolos con las maletas en una esquina del andén, para ir a alquilar un automóvil ("o una volanta, que es lo que usan aquí"). El había tenido un repentino miedo, una anticipada vergüenza de viajar aparatadamente en un viejo y desquiciado placero, allí donde nadie los conocía, donde sería chocante atraer las miradas.

La locomotora comenzó a descargar de su vapor, con una pulsación blanda y desagradable y una blanca nube de humo proyectada hacia donde ellos se encontraban. En ese momento, con sus gestos siempre sofocados en el ruido, el padre había hecho el ademán de que se acercaran, y había señalado un auto, a su izquierda.

Nada quedaba de las huellas de ese automóvil ni de otros, nada de la muchedumbre de la tarde de ayer que mañana volvería. El vagón estaba a la orilla de la vida, con cierto aire de decorosa clausura, con un sosiego cuyo fondo se

movía rechazando, como la sombra listada de los muelles, en los peldaños que tocan ya las aguas. La estación también se retraía detrás de sus verdes esteras bajas, detrás de sus paredes encaladas, amargamente esquiva en su soledad, disfrutando de un yermo prestigio, del orgullo de que nadie hubiese pasado la noche entre sus muros. Vengándose del santuario, los niños corrían gritando por el andén vacío, por el desierto pasadizo del vagón. La cara del padre se había marchitado algo en aquellos años, había cedido al sueño y a la flojedad, se había plegado a la contemplación de las cosas que silenciosamente desesperaba decir. La madurez, su distensión egoísta y carnal.

Había muchos trenes, muchos viajeros que se cruzaban sin consagrar un minuto al pensamiento de que no se conocían. De toda esta trama de desencuentros iban saliendo los años.

Noemí. No era su larga cabellera negra, volcada sobre un hombro, no era la absorta gracia de su cabeza, inclinada como si fuera a adormecerse sobre el mismo violín, no era la música, la delicuescencia del sonido, la fulgurante tensión de las cuerdas bajo los árboles de aquel patio, no era el cuerpo menudo ni su actitud de embelesarse muriendo, no eran las nudosas y polvorientas rodillas de la niña de doce años. Era su nombre, su nombre lleno de puntos de incertidumbre, que juntaba la depuesta cabellera, las cuerdas, el arco, los indóciles destellos de la niñez en la clave reciente de otra edad, las ásperas luces que saltaban de la música: Noemí. Con aquella condición de murmurarse o saberse apenas, con aquella tersa faz de las cosas voluntariamente secretas, el nombre, la

ida de la niña y su rostro de intangible reposo estaban en Joaquín, en el hueco de aquel vagón, en el momento de retrasarse y susurrar por última vez la llamada entre dos filas de asientos vacíos, en el mortificado pudor de aquella devoción, que era no haberse compartido con su objeto, haber nacido de su penumbra, vivir de su pérdida. Pasajera de algún tren que se llevara su memoria de niña a repartirla entre gentes a las que nada podía decirles, sola en un manguante de arena esperando al mar que le daba su música, esta habitación diurna del mar, terio la guardaba por siempre. *La vía muerta.*

Saltaban desde lo alto de los balconillos los flancos del terraplén, enganchaban en los hierros enmohecidos sus trajes que olian a sol. Era ése, no podía ser otro. Nadie imprimía las flo-tantes presencias de gente, humo y sudores en el aire de los vagones; era una locura querer hallar todo eso ahora.

Del extremo posterior de la estación brotaba un vaho insufrible, y en medio de él se sostenía y avanzaba, escalando una pared ciega tras la que desaparecían los hombres, una enredadera de estrechas y profundas flores azules. El tiempo cuajaba allí en sus periódicas floraciones, en la dulzura que lijaba contra el olor acre, doliéndose y exaltándose como en ningún jardín hubiera sucedido. El rostro y los blancos hombros del padre se habían iluminado sobre el fondo tembloroso, pasando con un sordo reflejo. En aquel instante, por una confusa primera vez, el niño había pensado con aprensión en el pueblo. La memoria balanceaba aquella imagen sobre un tañido de campanas, que aquel día no se oyera.

Luego, los años habían apagado sucesivos rostros del padre —cada vez más parecidos a las caras del andén, a su cerrada inexpresividad— sobre las flores azules, lánguidas y suspensas; en las que un jugo desconocido se adivinaba gravitando hacia una desgarrada eclosión; hacia la promesa de caer por fin en la tierra, en el abrazo de los infames residuos del hombre.